

PROA



Para Carolina Torres Cabrera

HAMACAS.—NORAH BORGES

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

AL OPORTUNO LECTOR

El Ultraísmo no es una secta carcelaria. Mientras algunos, con altocuencia juvenil, lo consideran como un campo abierdo donde no hay valladares que mortifiquen el espacio, como un ansia insaciable de lejanías, otros, sencillamente, le definen como una exaltación de la metáfora, esa inmortal artimaña de todas las literaturas que hoy, continuando la tendencia de Shakespeare y de Quevedo, queremos remozar.

De estas explicaciones, intuitiva la primera e intelectual la segunda, elije la que más te plazca. Huelgan ambas, si nuestros versos no te conmueven. Huelgan también, si alguno de ellos logra palparle el corazón.

LA NADERIA DE
LA PERSONALIDAD

INTENCIONARIO.

Quiero abatir la excepcional preeminencia que hoy suele adjudicarse al yo: empeño a cuya realización me espolea una certidumbre firmísima, y no el capricho de ejecutar una zalagarda ideológica o atolondrada travesura del intelecto. Pienso probar que la personalidad es una trasonación consentida por el engreimiento y el hábito, más sin estrididos metafísicos ni realidad entrañal. Quiero aplicar, por ende, a la literatura las consecuencias dimanantes de esas premisas; y levantar sobre ellas una estética, hostil al psicologismo que nos dejó el siglo pasado, afecta a los clásicos y empero alentadora de las más discolas tendencias de hoy.

DEBROTERO.

He advertido que en general la adquisición concedida por el hombre en situación de leyente a un riguroso eslabonamiento dialéctico, no es más que una holgazana incapacidad para tantear las pruebas que el escritor aduce, y una borrosa confianza en la honradez del mismo. Más una vez cerrado el volumen y dispersada la lectura, apenas queda en su memoria una síntesis más o menos arbitraria del conjunto leído. Para evitar desventaja tan señalada, desecharé en los párrafos que siguen toda severa urdimbre lógica y hacinaré los ejemplos.

*
*
*

El yo no existe. Cualquiera actualidad de la vida es enteriza y suficiente. ¿Eres tú acaso al sopesar estas inquietudes algo más que una indiferencia resbalante sobre la argumentación que señala, o un juicio acerca de las opiniones que nuestro?

Yo, al escribirlas, sólo soy una certidumbre que quiere las palabras más aptas para persuadir tu atención. Ese propósito y algunas sensaciones musculares y la visión de limpiada empuñada que ponen frente a mi ventana los ár-

EL IDOLO Y EL REVOLVER

Oh, el Idolo, todo por el Idolo, todo por esa figura deslumbrante y suficiente en sí misma, nímbo de todo lo demás—imagen, metáfora, mujer—que resplandece aislada y completa sobre un fondo que retrocede y se eclipsa. ¿Qué importa todo otra cosa—argumento, episodio, historia—comparado con esa imagen, idolo, ícono, que refugie aislada recogiendo en sí misma—diurno plenitudo—toda la luz de una noche, imantando dichosamente nuestros ojos, diciéndonos la actitud glosiflexa, las plegarias, el incienso y todos los ritos que un idolo inspira?

Droga, catálipsis o simplemente cañón de revólver apuntando, ¿qué importa si realiza el prodigio de convertir en una figura estática a la criatura fugitiva, de fijarla en un instante efímero y perdurable, reteniéndola en esa actitud de idolo con que se ofrece a las cámaras fotográficas? Revólver apuntando al pecho semejante a una linterna sorda, opaca y eficaz, un instrumento artístico eres cuando detienes por un momento la vida vertiginosa de un cuerpo juvenil y exaltas, en una evidencia de rayo, quietos y fijos, concentrando todo su fulgor, la llama de unos ojos que sustituye al relámpago que se espera ver salir de ti.

R. CANSINOS-ASSENS.

boles, construyen mi yo actual. Desatinada impertinencia fuera presuponer que ese agregado psíquico ha menester asirse a un yo, para gozar de validez verdadera, a un conjetural J. L. B. de estirpe sevillana, vasca y navarra, con determinada inclinación a las sofisterías, a los retruécanos y a todo retorcimiento verbal.

*
*
*

El yo no existe. Equívocase quien define la identidad personal como la posesión privativa de algún erario de recuerdos. Quien tal afirma, abusa del símbolo que plasma la memoria en figura de duradera y palpable troj o almacén, cuando no es sino el nombre mediante el cual indicamos que entre la inmemorabilidad de todos los estados de conciencia, muchos acontecen de nuevo en forma borrosa. Además si arraiga la personalidad en el recuerdo, ¿a qué tendencia pretender sobre los instantes cumplidos que, por cotidianos o afejos, no estamparon en nosotros una grabación perdurable? Apilados en años, yacen inaccesibles a nuestra anhelante-codicia. Y esa decantada memoria a cuyo fallo hacéis apelación, evidencia alguna vez toda su plenitud de pasado? ¿Vive acaso en verdad? Engañanse asimismo quienes a semejanza de los filósofos senso-sualistas conciben tu personalidad como adición de tus estados de ánimo enfilados. Bien examinada, su fórmula no es más que un vergonzante rodeo que socava el propio basamento que construye; ácido apurador de sí mismo; palabrero embleco y contradicción trabajosa. Nadie pretenderá que en el vistazo con el cual abarcamos toda una noche veranal, esté encerrado el numeroso guarismo que signa con fijiza la frecuencia de estrellas que desasosiegan su limpidez. Nadie, medítandolo, aceptará que en la conjetural y nunca realizada ni realizable suma de diferentes situaciones de ánimo, pueda estrar el yo. Lo que no se lleva a cabo no existe. Eslabonamiento de los hechos en sucesión temporal no los refiere a un orden

absoluto. Yerran también quienes suponen que la negación de la personalidad que con ahínco tu pertinaz voy urgiendo, desmiente esa certeza de ser una cosa aislada, individualizada y distinta que cada cual siente en las honduras de su alma. Yo no niego esa conciencia de ser, ni esa seguridad inmediata del *aquí estoy yo* que alienta en nosotros. Lo que sí niego es que las demás convicciones deban ajustarse a la consabida antitesis entre el yo y el no yo, y que esta sea constante. La sensación de frío y de espaciada y grata sultura que está en mí al atravesar el zaguán y adelantarme por la casi oscuridad callejera, no es una añadidura a un yo preexistente ni un suceso que trae apareado el otro suceso de un yo continuo y riguroso.

Además, aunque anduviesen desercitadas las anteriores razones, no daría yo mi brazo a torcer, ya que tu convencimiento de ser una individualidad es en un todo idéntico al mío y al de cualquier espécimen humano, y no hay manera de apartarlos.

*
*
*

El yo no existe. Abasta caminar algunas leguas por la implacable rigidez que los espejos del pasado nos abren, para sentirnos forasteros y azorarnos cándidamente de nuestras jornadas antiguas. No hay en ellas comunidad de intenciones, ni un mismo viento las empuja. Lo han declarado así aquellos hombres que escudriñaron con verdad los calendarios de que fue descartándolos el tiempo. Unos, botarates como cohetes, se vanaglorian de tan entreverada confusión y dicen que la disparidad es riqueza; otros, lejos de encanar el desorden, deploran lo desigual de sus días y anhelan la popular lisura. Copiaré dos ejemplos. El primero lleva por fecha el año 1531 y es el epígrafe del libro *DE INCERTITUDINE ET VANITATE SCIENTIARUM* que en las desengañadas postrimeras de su vida compuso el cabalista y astrólogo griego de Nethserheim. Dice de esta manera: *Entre los dioses, sacuden a todos las befás de Momo. Entre*

los héroes, Hércules da caza a todos los monstruos. Entre los demonios, el Rey del Infierno, Pluton, oprime todas las sombras. Mientras Heráclito ante todo llora. Nada sabe de nada Pirrón. Y de saberlo todo se glorifica Aristóteles. Despreñador de lo mundanal es Diógenes. A nada de esto, yo, Agrippa, soy ajeno. Desprecio, sé, no sé, persigo; río, tiranizo, me quejo. Soy filósofo, dios, héroe, demonio y el universo entero.

La atestiguación segunda la saco del Tercer Trozo de la Vida e Historia de Torres Villarroel. Este sistematizador de Quevedo, docto en estrellería, dueño y señor de todas las palabras, avezado al manejo de las más gritonas figuras, quiso también definirse, y palpó su fundamental incongruencia; vió que era semejante a los otros, vale decir, que no era nadie, o que era apenas una algarada confusa, persistiendo en el tiempo y fatigándose en el espacio. Escribió así:

Yo tengo ira, miedo, piedad, alegría, tristeza, codicia, largueza, furia, mansuedumbre y todos los buenos y malos afectos y loables y reprehensibles ejercicios que se puedan encontrar en todos los hombres juntos o separados. Yo he probado todos los vicios y todas las virtudes, y en un mismo día me siento con inclinación a llorar y a reír, a dar y a retener, a hilar y a padecer, y siempre ignora la causa y el impulso destas contrariedades. A esta alternativa de movimientos contrarios, he oído llamar locura; y si lo es, todos somos locos, grado más o menos, porque en todos he advertido esta impensada y repetida alteración.

* *

El yo no existe. Allende toda posibilidad de sentenciosa taturería, he tocado con mi emoción ese desengaño en mente despliego de opiniones para las pañero. Retornaba yo a Buenos Aires y dejábala a él en Mallorca. Entramos comprendidos que salvo en esa cercanía mentirosa o distinta que hay en las cartas, no nos encontraríamos más. Aconteció lo que acontece en tales momentos: Sabíamos que aquel adiós iba a sobresalir en la memoria, y hasta hubo etapa en que intentamos adobarlo, con vehementes despliego de opiniones para las aforanzas verideras. Lo actual iba alcanzando así todo el prestigio y toda la indeterminación del pasado...

Pero encima de cualquier alarde egoísta, voceaba en mi pecho la voluntad de mostrar por entero mi alma al amigo. Hubiera querido desnudarme de ella y dejarla allí palpitante. Seguimos conversando y discutiendo, al borde del adiós, hasta que de golpe, con una insospechada firmeza de certidumbre, entendi ser nada esa personalidad que solemos tasar con tanta incompatible exorbitancia. Ocurrióseme que nunca justificaría mi vida un instante pleno, absoluto, contenedor de los demás, que todos ellos serían etapas provisionales, aniquiladoras del pasado y encarradas al porvenir, y que fuera de lo episódico, de lo presente, de lo circunstancial, no éramos nadie. Y abominé de todo misteriosismo.

* *

El siglo pasado, en sus manifestaciones estéticas, fué raigalmente subjetivo. Sus escritores antes propendieron a patentizar su personalidad que a levantar una obra; sentencia que también es aplicable a quienes hoy, en turba caudalosa y aplaudida, aprovechan los fáciles rescoldos de sus hogueras. Pero mi empeño no está en fustigar a unos ni a otros, sino en considerar la viacrucis por donde se encaminan fatalmente los idólatras de su yo. Ya hemos visto que cualquier estado de ánimo, por advenedizo que sea, puede colmar nuestra atención; vale decir, puede formar, en su breve plazo absoluto, nuestra esencialidad. Lo cual, vertido al lenguaje de la literatura, significa que procurar expresarse, y querer expresar la vida entera, son una sola cosa y la misma. Afanosa y jadeante correría entre el envión del tiempo y el hombre, quien a semejanza de Aquiles en la preclara adivinanza que formuló Zenón de Elea, siempre se verá rezagado...

Whitman fué el primer Atlante que intentó realizar esa porfía y se echó el mundo a cuestras. Creía que bastaba enumerar los nombres de las cosas, para que en seguida se tantease lo únicas y sorprendentes que son. Por eso, en sus poemas, junto a mucha bella retórica, se enristran gárrulas series de palabras, a veces calcos de textos de Geografía o de Historia, que inflaman enhiestos signos de admiración, y remedan atísimos entusiasmos.

De Whitman acá, muchos se han enredado en esa misma falacia. Han dicho de esta suerte: «No he mortificado el idioma en busca de agudezas imprevistas o de maravillas verbales. No he urdido ni una leve paradoja capaz de alborotar vuestra charla o de chisporrotear por vuestro laborioso silencio. Tampoco inventé un cuento al derredor del cual se apiñarán las largas atenciones como en la recordación se apiñan muchas horas inútiles al derredor de una hora en que hubo amor. Nada de esto hice ni determino hacer, y sin embargo quiero perdurar en la fama. Mi justificación es la que sigue: Yo soy un hombre atónito de la abundancia del mundo: yo atestigo la unicidad de las cosas. Al igual de los más preclaros varones, mi vida está ubicada en el espacio, y las campanadas de los relojes unánimes jalonan mi duración por el tiempo. Las palabras que empleo no son resabios de aventadas lecturas, sino señales que signan lo que he sentido o contemplado. Si alguna vez menté la aurora, no fué por seguir la corriente fácil del uso. Os puedo asegurar que sé lo que es la Aurora: he visto, con alborozo premeditado, esa explosión, que ahueca el fondo de las calles amotina los arrabales del mundo, humilla las estrellas y ensancha en muchas leguas el cielo. Sé también lo que son un jacarandá, una estatua, un prado, una cornisa... Soy semejante a todos los demás. Esa es mi jactancia y mi gloria. Poco importa que la haya proclamado en versos ruines o en prosa mazorrals.

Lo mismo, con más habilidad, mayor maestría, afirman los pintores. ¿Que es la pintura de hoy, — la de Picasso y

sus alumnos, — sino la verificación absurda de la preciosa unicidad de un rey de espadas, de un quical, o de un tablero de ajedrez? La egolatría romántica y el vocinglero individualismo van así desbaratando las artes. Gracias a Dios que el prolijo examen de minucias espirituales que estos imponen al artista, le hacen volver a esa tema derechura clásica que es la creación. En un libro como «Gregarías» ambas tendencias entremezclan sus aguas e ignoramos al leerlo si lo que imanta nuestro interés con fuerza tan única, es una realidad copidada o es pura forja intelectual.

* *

El yo no existe. Schopenhauer que parece arrimarse muchas veces a esa opción, la desmiente fácilmente entre otras tantas, no sé si adrede o si forzado a ello por esa basta y zafia metafísica — o más bien ametáfisica, — que acecha en los principios mismos del lenguaje. Empero, y pese a tal disparidad, hay un lugar en su obra que a semejanza de una brusca y eficaz lumberrada, ilumina la alternativa. Traslado el tal lugar que, castellanizado, dice así:

Un tiempo infinito ha precedido a mi nacimiento; ¿qué fui yo mientras tanto? Metafísicamente podría quizá contestarme: Yo siempre fui yo; es decir, todos aquellos que dijeron yo durante ese tiempo, fueron yo en hecho de verdad.

* *

La realidad no ha menester que la apuntalen otras realidades. No hay en los árboles divinidades ocultas, ni una inagarrable cosa en sí detrás de las apariencias, ni un yo mitológico que ordena nuestras acciones. La vida es apariencia verdadera. No engañan los sentidos, engaña el entendimiento, que dijo Goethe: «sentencia que podemos comparar con este verso de Macedonio Fernández:

La realidad trabaja en abierto misterio.

JORGE LUIS BORGES

DESPEREZO EN BLANCO

En aquellos tiempos pasados tan lejanos que no existía nadie, pues nadie se animaba a existirlos por lo muy solitarios que eran para toda la gente, y además, no se podía pasar ningún rato en ellos porque carecían de presente en el cual todos los ratos están contenidos y otro además, pues como estaban perdidos en la «noche de los tiempos» no se veía donde estaban: lo que impidió alojarse en ellos, todo lo cual lo sabemos por la Paleontología — tan conocedora del pasado como ignorantes nosotros del presente, — en aquellos tiempos que las personas más esclarecidas en la vejez recuerdan olvidar, nuestros pies eran callos y el hombre inteligente les dió un amparo que no necesitaban, rodeándolos exteriormente de botines por la parte de afuera, de modo que esos pies quedaran adentro, acomodado que nunca habían conocido, pues hasta entonces habían pertenecido al mundo exterior y no sabían lo que era ser ellos una cosa de adentro de nada; por el

contrario, se caracterizaban y se les reconocía por hallarse siempre disparados y lo más distantes posible de la cabeza y cuerpo humanos, siendo lo más alargados, externos, salidos y correales que hubiera, además de su singularidad eterna de ser un artículo par, y andar obligando a todo a ser par, como par de medias, par de botines, a diferencia de la nariz que se basta con un arco de anteojos, puesto encima por ser impar.

Es comprobada la constancia de los zapateros que nunca han variado de ocupación siendo ellos siempre los que hacen los botines y han aconsejado su colocación en los pies como la más cómoda, muy superior a la costumbre nunca usada de llevarlos en una valija o en el bolsillo. No son los peluqueros pues los que hacen todo incluso botines, como pretenden hacerlo creer por su peinado y la conversación que dirigen a la cabeza del cliente como para llenársela por si está vacía. Si usasen la conversación partida al medio como el inimitable peinado, tendrían para dos clientes a la vez, mas como cada cliente tiene otro artista para él en ese momento, un fuerte sobrante de conversación fluiría hacia la puerta del negocio y correría por las calles, teniendo su manantial en las barberías y su cauce en la calzada, que según indica su nombre, es jurisdicción de los zapateros.

No veo otro camino para que los peluqueros invadieran, como tanto lo han deseado, el oficio de aquellos, logrando hacer brillar su arte en ambos extremos anatómicos. Por otra parte, el peinado es una manera de pensar por fuera de la cabeza, por lo que deberían sentirse orgullosos los artesanos que tomando la navaja al dejar las tijeras, nos tienen tan acobardados y sitiados como para despojarnos de nuestro propio cabello sin protesta ni intento de fuga.

Pero volviendo al asunto inmediato, que no olvidaré un solo momento, quería enseñar que si los callos originaron los botines, éstos están haciendo nacer tantos callos que pronto volveremos al callo único. Es, pues, un círculo el progreso y la espiral de Goethe no condice con el casposo principio y el callosos final de la anatomía humana.

MACEDONIO FERNANDEZ

TRES POEMAS

I

Las horas calladas
como ídolos de oro y fuego
Espérame siempre
aunque no lleguen
Mientras
cuenta los días blancos
de mi ausencia.

II

El horizonte se ha tendido
como un grito
a lo largo de la tarde
y el silencio se encumbra
sobre el bullicio efímero de tu alma

III

Sombras encaramadas
como buscando un grito por el silencio
Fue muriendo el crepúsculo
cargado de preludios sangrientos
En el aire
una llovizna de lujas
se columpia
y la noche se convierte
en un país de angustias.

NUKAU LANGE.

TODOS LOS PAJAROS

Todos los pájaros sin habla
quieren alzar el vuelo de mi garganta
En las palmas viajeras de las páginas
van vilanos caídos de mi alma
El rumor de la fuente
perfora la mañana
Es el péndulo campestre
que no termina nunca la cuerda
Todos los poemas son cruces
en el cementerio del tiempo

J. R. PANEDAS

POEMAS

Se apretarán los besos en tus labios
Cual si fueran alondras en un mado
El incensario del jardín
perfumará mis sueños
—Jardín pequeño para tanta estrella—
A la gran clarinada de tus ojos
temblarán los himnos dormidos
cada flor será una antorcha
y cada árbol
una pajarrera de trinos.
En su clara hondonada
sentirán vértigo los astros.

Allá en las quintas el molino
flor metálica
plagiando su altivez al mirasol
Sobre un arbolito huérfano dos palomas
banderitas blancas
con un cariñito de sol sobre las alas
Los pajaritos desparramados por el campo
como pétalos de una flor deshojada
Tus manos ingenuas como los caminos del huerto
y la mañanita asustada entre las zarzas.

GUILLERMO JUAN.

NOCHE DE SAN JUAN

El poniente implacable en esplendores
quebró a filo de espada las distancias
Suave como un sauzal está la noche
Rojas chisporrotean
las cálidas guitarras de las bruscas hogueras
leña sacrificada
que se desangra en briosa llamarada
bandera viva en ágil travessura
La sombra es apacible como una lejanía
Bien recuerdan las calles
que fueron campo un día
Toda la santa noche la soledad rezando
el rosario disperso de astros desparramados.

JORGE - LUIS BORGES.

MACEDONERIAS

*Confesiones de un recién llegado
al mundo literario*

(Esforzados estudios y brillantes

primeras equivocaciones)
Tengo que asentir las siguientes observaciones y otras no menos sigüentes que me comprometo a que se me ocurran
Con motivo de la carestía de los cigarrillos, éstos se han puesto más baratos, y para que parezcan menos cortos, los hacen más largos. Para una persona que por primera vez es un recién llegado, esto le confunde de tal manera que le entra el sentimiento de que lo están vendiendo por la calle desnudo saliendo de una sastrería.

No es menos cierto que existen insomnias que afectan al mismo tiempo la facultad de dormir y la de estar despierto, y lo digo, con toda la seriedad del hombre durmiendo, para elegir entre dos coquetterías, óptese por la peculiaridad de ser un gran dormilón, porque es factible aparentar dormir — aunque fatigoso, — y en ningún país es fácil aparentar estar despierto cuando uno duerme. Aquí se sabe por los diarios, que una persona que ha sido despertada durante un simple cuarto de hora, por la caída del techo sobre su cama, o por el paso sigüoso de un gato por la pared que debería tener el terreno de enfrente, y continúa durmiendo de seguida hasta que la desayume alguna sirvienta, no dejara de proclamar por todo el día sigüente, el

infalible día que cuelga de cada noche por su extremo éste: «No he pegado los ojos esta noche». Obsérvese lo que es la obra del insomnio: quita el sueño en torno nuestro y a veces al mismo paciente por momentos, tanto es su poder.

Cuando un día anterior es precedido de un siguiente, contando desde adelante, ocurre una separación entre los dos practicada mediante una noche, intervalo de faroles, tropezones y comisarias, que muchas personas ocupan en preparar una conversación sobre insomnio, para las personas de su familia, pues hay personas que hasta durmiendo piensan en los suyos.

Recién llegado por definición es: aque-

lla diferente persona notada en seguida por todos, que llegado recién a un país de la clase de los diferentes, tiene el aire digno de un hombre que no sabe si se ha puesto los pantalones al revés, es decir, con la cintura en los pies llevando las bocas de cada pierna del pantalón abiertas hacia el infinito superior, o si lleva mal el sombrero por ejemplo: el sombrero derecho en la cabeza izquierda, y no se decide a cerciorarse del defecto en público, sino que se reconcentra en una meditación sobre eclipses, egestera de los transeúntes, huelga de los repartidores de luz, invisibilidad de los átomos y del dinero de papá.

MACENONIO FERNANDEZ

POEMAS

Me asomé y vi
de púrpura y de oro vestido mi jardín
mas su esplendor tenía lo apagado
del matiz otoñal
Temblé
Sentía cerca el frío que debía llegar
No entendí
El velo que atenuaba la ardiente florescencia
era la paz serena dada por la Presencia
Fraguada en el Amor
trasiúcida mi alma era un tenue cartil
que ceder parecía al peso de la luz

El bosque encendido había quedado
cual leno seco consumido
El árbol seco devorado
alzaba sus ramas como gritos
clamando por la luz devastadora.

HELENA MARTINEZ.

A VECES, CON LA TARDE

A veces, con la tarde, luida de los bordes,
un fracaso de alas se barre en el jardín.
Y en tanto que la vida esquiva a los relojes,
se pierden por la acera los pasos de la noche.

Amarillismo
gris

Mis ojos deletrean la ciudad algebraica
entre las subversiones de los escaparrates,
detrás de los tranvías se explican las fachadas
y las alas del viento se rompen en los cables.

A través del insomnio centrado en las ventanas,
trepidan los andamios de una virginidad,
y al final de un acceso paroxista de lágrimas,
llamas de podredumbre suben del bulevar.

Y equivocadamente, mi corazón payaso,
se engolfa entre nocturnos encantos de a dos pesos:
amor, mi vida, etc., y algún coche reumático
sueña con un voltaje que le asesina el sueño.

Sombra laboratorio. Las cosas bajo sobre.
Ventilador eléctrico, champagne + F. T.
Marinetti = a

Nocturno futurista
1912.

Y 200 estrellas de vicio a flor de noche
escupen pendejadas y besos de papel.

BAJO LA NIEBLA

Recto. La nariz húmeda. Pelo caído
sobre el cuello blanco.

Sin perfil en la niebla: pérdidas las
líneas de la frente, del pantalón y del
destino. Manos enguantadas en gris (ma-
labaristas invisibles bajo los puños blan-
cos).

El mismo hombre camina bajo el as-
falto mojado. El mismo hombre borrado
en la niebla. Ambos cruzan las calles con
pisada suave, afirmando los pies en los
pies. Sostenidos en sí mismos, ambos
cuerpos rectos. Las mismas luces en las
esquinas avivan sus sombras; las pisadas
no resuenan porque ambos hombres
se buscan los pies.

Así se encontraron íntegros cuando
inclinó la cabeza, cayó de rodillas y se
quedó estirado sobre sí mismo y bajo la
niebla.

JACOBO NAZARE.

Concepción, Chile.

ULTRAISMO

¡Lírica hora creatriz y demiúrgica! En
sus minutos, el poeta ultraísta lanza su
evohé augural con palabras fragantes,
y poseo del espasmo nunita, imbibido
de la belleza en torno, va dibujando in-
conexadamente, en rasgos expresionistas,
sus rápidas percepciones, con un lengua-
je límpido y barnizado de metáforas au-
daces: En cuadros esquemáticos que vi-
bran simultáneamente, por la superposi-
ción de planos visuales y múltiples sen-
saciones. La imagen — protoplasma pri-
mordial del nuevo substratum lírico —
se desdobra y se amplía hasta el infinito
en los poemas creados de la modalidad
ultraísta. El poeta aspira a construir un
orbe nuevo en cada poema, sintetizando
en él la esencia depurada del lirismo.

GUILLELMO DE TORRE.

AUGURIO

La luna ajusticiada
por el alfanje de los horizontes
era una maldición bajo la mansa
piedad de las estrellas
Los pinares huyendo del otoño
de pie ante la diatriba de los mares
temblaban enlazados por el viento
largo como el silencio

Mientras la aurora despeñada
rodaba de alma en alma.

EZEQUIEL GANDARA.

EL GATO

Mis manos en su cuello
con una lentitud de baño tibio
del ámbar de su pelo
un elástico ritmo
sus fauces una gruta con sus estalactitas
y un insomnio sus ojos encendidos
Sobre el lomo

seguro como un puente
cruzo de un lado al otro del camino
mientras la voluptuosidad
sopla en el acordeón de su ronquido.
Rafael Cabraza y Trujillo.
Yucatán.

POEMA DE LAS ESQUINAS

Para Isabel

La calle como un puente
tendido del ayer hasta el mañana
Y las esquinas

ventanales abiertos
Hacia el quién sabe! y el Quizás! de la
esperanza

Allí abreva su sed de lejanías
en agua de horizontes

en ellas
se desgarga el clámide del día
y la luz se renansa

l'inisterre para
las luminosas manos de los ciegos
que con su tenue caricia
las van bendiciendo

manos trémulas
unjidas
por los óleos del silencio

Esquinas
donde los carteles gritan
Por allí viene la comitiva
del bautizo de las mañanas
y como Verónicas
enjugar

del poniente la faz angustiada
Todos los tumultos pasan por ellas
que viven la vida por las ventanas
cazadoras de estrellas

Esquinas sacrificadas
en la cruz de las calles
abiertas para todas las miradas
bajo la infinita
piedad de los cielos
que se acurrucan en sus charcos de agua
temblosos de miedo

Por allí se van yendo las horas
como un hilo de agua mansa
y todo es familiar
como un ovillo de lana

Los organillos
musicaban sus algarabías
Son como un pan tierno
que desmigamos cada día
Todo se encarina con ellas
y el alma se nos queda olvidada
Hasta cuando el frío las azota
parece una carcajada de plata

Y por la noche
cuando son como un pozo de sombra
donde vigilan los buzones
se abren como un regazo
para los sueños
de los perros sin nombre
Oh! esquinas que os abris como una
[naranja

cuando Ella
resumiendo el paisaje
Desde vosotras
me ilumina el alma

EDUARDO GONZÁLEZ LANUZA.

